VI

PRESE

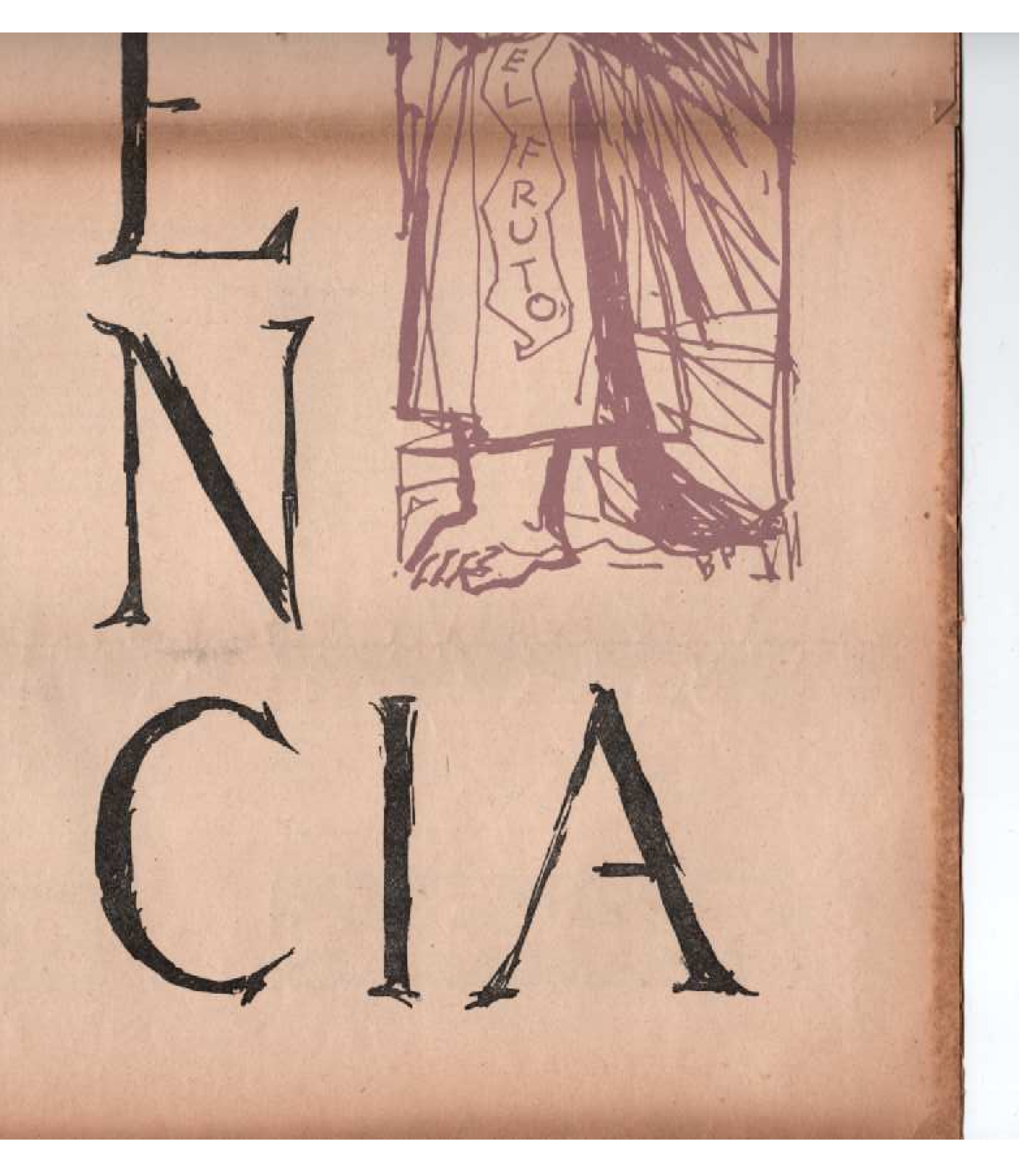
SUMARIO — PRESENCIA: UN GOBIERNO QUE GOBIERNE.- JOSE MARIA DE ESTRADA: SOBRE EL COLECTIVISMO.- SANTIAGO DE ESTRADA: NEMROD.- TOMAS INFANTE: EL NUEVO CONVENIO.- PABLO HARY (II): COSAS DE CAMPO.- TRANSCRIPCIONES: UN POLITICO SENSATO—EL HOMBRE FOSIL.- DIBUJOS Y VIÑETAS DE BALLESTER PE-



(II): COSAS DE CAMPO.- TRANSCRIPCIONES: UN POLITICO SENSATO—EL HOMBRE FOSIL.- DIBUJOS Y VIÑETAS DE BALLESTER PEÑA.- VIÑETAS DE JUAN ANTONIO.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ.

BUENOS AIRES, VIERNES ONCE DE MARZO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NUMERO SEIS.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–



SOBRE EL

"Y ¿quién eres tú?, me preguntas, y con Obermann te contesto: para el universo nada, para mi todo!"

M. de Unamuno.

Uno de los errores de nuestro tiempo, quizás el que tiene mayor vigencia, es el colectivismo. Claro está que nada de lo que sucede carece de motivos y por eso en cierto modo tampoco de justificación, desde el momento que la realidad histórica es una realidad dinámica en donde las causas se causan mutuamente y se entrelazan de la manera más compleja. En ese sentido cuando se habla de colectivismo no sólo podríamos encontrar el modo de justificarlo sino el de interpretarlo como algo no carente de valores positivos.

Pero no se trata aquí de situar históricamente lo que entendemos por colectivismo, ni tampoco el de considerarlo, por ello mismo, como un hecho irreversible que tenga sus razones de ser y por lo tanto que esté bien que sea. No, esta especie de historicismo llevado a la exageración, según el cual todo lo que acontece es un hecho que no puede ser de otro modo de lo que es, un hecho justificado en sí mismo, que tiene forzosamente que ser, que no puede menos de brotar de las condiciones que lo hacen indispensable, así como brota el fruto de la planta que lo contiene virtualmente, esta especie de historicismo, pues, conduce a un fatalismo en el que, por supuesto, no hay lugar para el libre albedrío. Este historicismo hipertrófico es ya un modo de colectivismo mental, opuesto al otro polo contrario expresado en la exageración de los héroes de Carlyle, según el cual, subestimada al máximo la dialéctica de los acontecimientos, se piensa que son los grandes hombres los únicos factores del devenir histórico.

Pues bien, no vamos a encarar lo que aquí entendemos por colectivismo, desde un punto de vista histórico, ni, por lo tanto, a examinar lo que hay de razonable o de bueno en ello, pues es sabido que no hay error que no contenga parte de verdad. Vamos simplemente —y esto no es remontarse a las nubes, sino cuestión de método— a considerarlo en su formalidad propia, separado —diríamos— del contexto, de toda clase de supuestos, causas, motivos, etc.

Empecemos, pues, por definir lo que entendemos aquí por colectivismo. Llamamos colectivismo al sistema o estado de cosas donde se exaltan las opiniones impersonales en detrimento de las razones personales.

Expliquémonos. Las opiniones impersonales se caracterizan, en cuanto opiniones, por ser puramente contingentes, por inseguras, por carecer de certeza, por su exclusivo carácter de probabilidad. El término opinión posee aquí todo el sentido que le asignaba Platón, cuando oponía la doxa (opinión) a la episteme (ciencia). Opinión no significa, ni mucho menos, falsedad, ya que puede haber opiniones que sean verdaderas; constituyen ellas, en efecto, un modo de conocer muy respetable, pero por su naturaleza poseen como característica fundamental la probabilidad.

Las opiniones son impersonales cuando su sujeto, aquel del que provienen, no es el yo personal, sino una especie de yo diluído en lo social, o, si se quiere, es el yo personal en cuanto no actúa por sí mismo, sino que es lo impersonal que actúa en él; no es el yo el que opina sino que el yo hace suyo lo que *se* opina. Así, por ejemplo: *se* opina tal cosa, luego yo opino también así, y debo hacer que los demás opinen así; *se* piensa que hay que hacer esto o lo otro, que tal cosa es así o de tal manera, que tales o cuales personas son buenas y que tales o cuales son malas, que aquellos tienen siempre razón, que éstos no la tienen nunca, etc., tc.; todo esto *se* dice, luego yo también lo diré.

Se trata pues de hacerse uno a ese *se* impersonal, al punto de que uno pierda en cierto modo su propio discernimiento. Claro está —y esto es importante— que hablamos aquí de las opiniones impersonales, de las meras opiniones, no de las formas, idea o creencias sociales, pues, éstas aún cuando sean también impersonales se apoyan sin embargo, de un modo más o menos remoto en razones claras como el agua. Ya hablaremos en

NEMROD

En tierras de Senaar, sobre la deshecha ilusión de Babel, se levantó el gigante Nemrod, "Forzudo Cazador", temible vencedor de fieras, dispuesto a dominar a las gentes, que, ya sin entenderse, esparcíanse hacia los cuatro puntos cardinales. Con su voz de mando redujo a silencio la algarabía de las lenguas desatadas, y sobre el torbellino de los apetitos particulares asentó el pedestal de su poderío. No le fué menester acordar las opiniones dispares, puesto que en la disparidad asentaría su dominio. En vez de Babel, Babilonia, en vez de la confusión que dispersa, la tiranía alzada sobre la confusión.

No ya en la primogenitura, ni en la inteligencia, ni en la belleza, como Caín y su linaje, sino en la fuerza, en la hercúlea fuerza de su brazo fundamentaría su imperio. No en vano había vencido al león de la selva y vestido su piel; no en vano había perseguido a las fieras escondidas en los montes, y había clavado sus saetas en los ciervos fugitivos, ni por nada había domeñado los caballos salvajes e impuesto su ley a los dragones fabulosos, a las bestias del mar y a las aves rapaces. Manejaría al hombre, medroso y desvalido, con más facilidad que sus tozudas presas; infundiría en el pobre corazón de sus some-

No ya en la primogenitura, ni en la inteligencia, ni en la belleza, como Caín y su linaje, sino en la fuerza, en la hercúlea fuerza de su brazo fundamentaría su imperio. No en vano había vencido al león de la selva y vestido su piel; no en vano había perseguido a las fieras escondidas en los montes, y había clavado sus saetas en los ciervos fugitivos, ni por nada había domeñado los caballos salvajes e impuesto su ley a los dragones fabulosos, a las bestias del mar y a las aves rapaces. Manejaría al hombre, medroso y desvalido, con más facilidad que sus tozudas presas; infundiría en el pobre corazón de sus sometidos un profundo amor hacia su persona que él no sería capaz de devolver, y les haría creer que él bien merecería todos los sacrificios de que ellos eran capaces.

Verdadero asceta del mando, no buscaba el poder como medio para satisfacer bajos apetitos, ni propios ni ajenos. Quería el poder por el poder mismo, y ni la concupiscencia de la carne ni la concupiscencia de los ojos doblegaría su carácter. Antiquísimas tradiciones orientales le muestran impávido ante los requiebros de la bella Isthar y ponderan su fortaleza ante la terrible enfermedad que afligiera su cuerpo. No pretendía la gloria fácil de un caudillo de rebeldes ni el rápido éxito de un cacique de bandoleros. Fascinado únicamente por la Soberbia de la Vida, su rebeldía era mucho más profunda, como que no se alzaba frente a los hombres sino frente a Dios. Porque no venía a servir sino a ser servido, no venía a cultivar la Viña del Señor, sino a cosechar lo que no había sembrado. En la fuerza hizo radicar el derecho, "su derecho", y con su falso derecho pretendió rectificar los inescrutables designios del ordenamiento divino.

Pero, sin proponérselo, trabajaba Nemrod para Dios al fundar el primer imperio que recuerda la Historia, como Caín cuando fundó la primera Ciudad. Porque, a pesar del arrogante egoismo del "Forzudo Cazador", el Imperio llegaría a ser "Servicio de Dios", y todos los grandes dominadores, desde el remotísimo fundador de Babilonia hasta Augusto, Diocleciano y los de hoy, han sido y son, a su manera, imágenes de Cristo Rey, aunque para ello hayan tenido que prefigurar el Anticristo. Por eso, con sobrada razón, el Poeta de Hispanoamérica vió, en uno de los más célebres advenedizos de la política continental, de cinco partes, "cuatro de Nemrod".

Santiago de Estrada.



cuales son malas, que aquellos tienen siempre razón, que éstos no la tienen nunca, etc., tc.; todo esto *se* dice, luego yo también lo diré.

Se trata pues de hacerse uno a ese *se* impersonal, al punto de que uno pierda en cierto modo su propio discernimiento. Claro está —y esto es importante— que hablamos aquí de las opiniones impersonales, de las meras opiniones, no de las formas, idea o creencias sociales, pues, éstas aún cuando sean también impersonales se apoyan sin embargo, de un modo más o menos remoto en razones claras como el agua. Ya hablaremos en un próximo artículo acerca del sentido y valor de tales formas y de la tendencia actual de echarlas al olvido. Por otra parte, es bueno ya hacer notar que la exaltación de las meras opiniones suele ser un factor que perturba la estabilidad de las formas o creencias sociales.

Pues bien, las opiniones generales a que nos referimos aparecen con pretensiones de certeza, lo cual no es propio de una opinión. Se imponen así a los individuos y les hacen pensar no por sí mismos sino por ese *se* anónimo que oculta a la personalidad. Vale aquí en este sentido la distinción de Heidegger entre vida auténtica y vida inauténtica, el *dasein* y el *man*.

Si la opinión, como hemos dicho, de acuerdo al significado platónico de esta palabra, es algo probable e inseguro, puede tanto expresar una verdad como un error. De ahí que para que la opinión sea realmente un buen medio de conocimiento debe ser aceptada como lo que es, es decir como opinión. Pero si le damos a la opinión caracteres de certeza, es decir si la consideramos como ciencia, como razón, entonces la desvirtuamos y lejos de servirnos para lograr la verdad, la convertimos en instrumento de fanatismo.

La opinión impersonal, hecha así una especie de tabú, es siempre algo peligroso, y de un modo especial lo es cuando, como en nuestro tiempo, se considera a la opinión pública como un factor de decisión sobre todas las cosas. En la democracia moderna, la opinión general suele hacerse tirana y como posee medios de poder y de publicidad eficacísimos, tiende cada vez más a hipertrofiarse y a anular el discernimiento propio de cada uno.

Para citar un solo ejemplo de los muchos que podrían venir al caso, cabe recordar la actitud de la opinión general de muchos paises con respecto a las medidas tomadas contra los pue-



COLECTIVISMO*

blos vencidos en la última guerra, las represalias y venganzas. El yo impersonal le diría a cada uno, ahogando un movimiento de independencia del yo auténtico, "esto está bien, porque así *se* dice, así *se* acepta y así *se* juzga".

Lejos de nosotros, por supuesto, el de circunscribir este grave defecto —el del predominio del *se* sobre el yo— a un determinado sector de las gentes. Es un mal general que con mayor o menor intensidad trata de atraparnos a todos, y quizás más de uno de nosotros ha rendido alguna vez tributo a ese "mal del siglo".

En esta época de grandes conmociones políticas, las opiniones generales están imbuidas en gran parte de ideologías políticas, es decir, se refieren a cuestiones políticas, con lo cual el aire de cosa pública de estas opiniones se acentúa al máximo, para sumir en la penumbra a todo lo que ofrezca algo de privado. Los valores más fundamentales de la persona se pierden de vista cuando están en juego esas opiniones generales alimentadas en la pasión.

En un próximo artículo —como lo hemos dicho más arriba— ya insistiremos sobre la importancia que poseen las formas sociales y acerca de la raíz racional de las mismas, de modo que se verá qué lejos estamos aquí de propiciar un individualismo sin medida, pero es menester insistir ahora en el valor substancial de la persona para que pueda estimarse el carácter inhumano del colectivismo cuando éste se manifiesta como un desbordamiento de la opinión general, del *se* anónimo e impersonal. Porque la verdad es que en gran parte se ha perdido la conciencia de lo que es una persona, y así nadie sabe si la opinión que hoy triunfa o triunfará mañana dictará la pena de muerte para la mitad de la humanidad.

Cuando hablamos de razones personales nos referimos en primer lugar a esa certeza a esa seguridad que es independiente de los vaivenes de la opinión —sea la opinión de uno o de muchos— y que se apoya en la luz de la verdad, y nos referimos también al hombre en su auténtica personalidad, el cual posee en su consciencia los principios que le permiten discernir lo verdadero de lo falso, y que por su condición de persona es depositario de valores absolutos. "Los pocos años de una vida humana, los diez años de soledad que le quedan a la pobre viuda —dice Romano Guardini— tienen más peso delante de Dios que todo el tiempo que necesitan todos los sistemas solares para hacerse y rehacerse. Jamás Dios sacrificaría un corazón humano para que Sirio o la nebulosa Andrómada queden intactas". Y más arriba ha dicho también este autor: "¿Cómo van las cosas habitualmente? Hay una respuesta curiosa a la cuestión de saber cómo se presenta realmente la existencia humana. En el inmenso espacio del universo, circula

También es "alteridad", está referido a los otros hombres, a la sociedad; la sociabilidad no es pues algo añadido, sino que surge de la naturaleza misma del hombre como algo que ésta exige; en su propia naturaleza el hombre encuentra la raíz de los lazos que le unen a sus semejantes, el fundamento humano de todo vínculo, el supuesto de toda ligazón natural y sobrenatural. Mas también el hombre es "religación", como dice Zubiri; está como persona, religado, referido a Dios, abierto a Dios. El hombre encuentra pues en sí mismo esa referencia a Dios, quien se le presenta así como el fundamento último de su propio ser y de todo lo contingente.

He ahí pues, por qué el hombre como tal, su destino, su vida, su pensar, tienen tanta importancia, y por qué resulta la más inexplicable de las locuras, la suplantación colectivista de la personalidad y del discernimiento humano en holocausto de las opiniones impersonales y mudables que corren anónimas, sin dueño, sin responsabilidad.

José María de Estrada

* El presente artículo, en el cual nuestro colaborador reacciona, con todo derecho, contra la influencia nociva de lo colectivo, podría inducir al lector a una excesiva valoración de la persona humana. Recordamos a éste que no hay otra manera de establecer la justa proporción de lo personal y de lo social que la defendida por Santo Tomás en su *Etica* con la primacía del bien común. (*N. de la D.*).

EL NUEVO CONVENIO

El gobierno argentino se halla en trance de formalizar una nueva negociación sobre intercambio comercial con Inglaterra. Descalabrada la economía nacional al llegar a término la vigencia del Convenio Andes, es propósito nuestro repasar los antecedentes y las desgraciadas consecuencias sobrevenidas por el cumplimiento de aquél.

En ocasión del trámite del Convenio Andes, nuestro país se hallaba frente a numerosos ofrecimientos de intercambio comercial por parte de los Estados Unidos de Norte América, países europeos —nuestro tradicional cliente Inglaterra, Francia, Italia, España, etc.— y estados sudamericanos, en particular nuestros vecinos Chile y Bolivia. La oportunidad no podría ser más espléndida para la Argentina dada la ingente producción nacional (asimismo, la nacionalización de los servicios públicos en gestión definitiva), y la solvencia económica de alguno de los estados ofertantes, en especial E.E. U.U. a raíz de las ventajas obtenidas durante la última guerra.

No obstante la promisoria realidad que ello significaba, nuestros dirigentes desecharon la posibilidad de un intercambio multilateral, y se volcaron de lleno a negociar con los ingleses.

sona es depositario de valores absolutos. "Los pocos años de una vida humana, los diez años de soledad que le quedan a la pobre viuda —dice Romano Guardini— tienen más peso delante de Dios que todo el tiempo que necesitan todos los sistemas solares para hacerse y rehacerse. Jamás Dios sacrificaría un corazón humano para que Sirio o la nebulosa Andrómada queden intactas". Y más arriba ha dicho también este autor: "¿Cómo van las cosas habitualmente? Hay una respuesta curiosa a la cuestión de saber cómo se presenta realmente la existencia humana. En el inmenso espacio del universo, circula un corpúsculo insignificante llamado "tierra". Está cubierto por una ligera capa de moho que se llama paisaje, vida, civilización; seres minúsculos llamados hombres viven allí. El todo dura un pequeño instante y todo ha terminado. Schopenhauer tiene razón. Vistas en función del universo entero, las cosas tienen verdaderamente esta apariencia, y a veces cuesta defenderse contra el sentimiento de que toda otra opinión es ilusión. Pero aquí en los acontecimientos referidos por el Evangelio, es trocada la imagen; es evidente que para Dios los seres minúsculos que pueblan el grano de arena perdido en la inmensidad de los espacios son más importantes que estos mismos espacios, que la vía láctea y todo lo demás; que el tiempo tan breve durante el cual hay vida sobre la tierra es más importante que la duración inmensa, objeto de los cálculos astronómicos" (Le Seigneur. Ed. Alsatia. Paris).

Hoy más que nunca es necesario insistir sobre el valor substancial del hombre. Si el individualismo del pasado siglo pudo no desconocer esta verdad, sin embargo al considerar al hombre como un átomo, como una mónada, cerrada por todas partes, "sin ventanas", preparó el terreno al colectivismo más radical. Si el hombre, en cambio, es visto como lo que es, como un ser con un valor propio e intrínseco fundamental, pero abierto hacia sus semejantes, hacia su prójimo, y hacia el infinito, es decir hacia Dios, se percibe la grandeza, la dignidad, la trascendental importancia de la persona humana.

Afortunadamente los mejores pensadores de nuestros días, al prestar oído a la inquietud angustiosa de quienes, por tanteos más o menos acertados, buscan poner al hombre en el sitio que le corresponde, inducen a meditar acerca de la realidad profunda de la persona. El hombre es "mismidad", intimidad, y en ese sentido posee valores intrínsecos, propio, inalienables.



lar nuestros vecinos Chile y Bolivia. La oportunidad no podría ser más espléndida para la Argentina dada la ingente producción nacional (asimismo, la nacionalización de las servicios públicos en gestión definitiva), y la solvencia económica de alguno de los estados ofertantes, en especial E.E. U.U. a raíz de las ventajas obtenidas durante la última guerra.

No obstante la promisoria realidad que ello significaba, nuestros dirigentes desecharon la posibilidad de un intercambio multilateral, y se volcaron de lleno a negociar con los ingleses. La sola observación del panorama político-económico expuesto desvirtuaba la negociación en trámite: el desastre económico inglés sobrevino a consecuencia de la guerra la volvía impotente para satisfacer las exigencias que le impondría el futuro convenio. En primer término no iba a poder hacer frente a los pagos de las exportaciones argentinas, ni tampoco su postración productiva permitiría el envío a nuestro país de plantas industriales, maquinarias agrícolas, materiales ferroviarios, y otros productos como el carbón, petróleo, etc., tan necesarios para nuestra economía.

Suscripto el Convenio Andes, su vigencia se convirtió en testimonio insuperable de nuestras advertencias. Inglaterra fué congelando automáticamente el crédito argentino en Londres a medida que las exportaciones de carnes, cueros, otros derivados, y granos argentinos, se iban cumpliendo. La imposibilidad por su parte de cumplir con las estipulaciones del convenio la llevaron a imponer a nuestro país la inconvertibilidad de la libra con lo cual trabaron la única solución que el país tenía para superar sus desgraciadas consecuencias, vale decir la adquisición de maquinarias industriales, automotores y demás productos en otros países, cubriendo su pago mediante giros sobre el crédito argentino en Londres.

La falta de introducción de grandes plantas industriales y de elementos para reparar las ya existentes, como también de maquinarias agrícolas, tradujo una disminución de nuestra producción, acentuada al mismo tiempo por factores de política intestina como el desgano de nuestros obreros y los continuos aumentos de salarios que permitieron a aquellos reducir el número de días de labor, sin que la política social del gobierno consiguiera lograr el mejoramiento de su standard de



vida. Vivieron como siempre, aunque satisfaciendo ampliamente vicios que antes no podian satisfacer.

Además de postergarse la industrialización del país por los factores expuestos, y de encontrarse la masa productiva empeñada en un sistema de vida harto disoluta, el estado tuvo que hacer frente a los gastos abultados derivados de su política demagógica (en la que entraba también con no menor influencia deletérea la hipertrofia burocrática). Para ello se adoptó una política financiera abismática cual fué la de emitir billetes sobre el crédito argentino en Londres, crédito impago hasta el momento, quizá para siempre, el cual asciende a unos 80 millones de libras esterlinas, y su consecuencia inmediata fué acelerar nuestra inflación. (Las importaciones británicas procedentes de la Argentina —según últimos datos, durante la vigencia del convenio Andes, año 1948— ascendieron a unos 122 millones de libras, contra una exportación de 43 millones por parte de Inglaterra).

Pasemos ahora a formular algunas conjeturas sobre el futuro que ha de sobrevenir a la actual negociación en trámite. ¿Cuál es el juego de los Estados Unidos frente a las negociaciones argentino-británicas? Sabemos que los E.E.U.U. ocupan el segundo lugar entre los países con los cuales Inglaterra tiene saldos comerciales deficitarios (el primero es Canadá, y el tercero es la Argentina). Los E.E. U.U., aunque advertidos de la afligente situación económica inglesa, tienen un interés político fundamental en la rehabilitación de Inglaterra en relación con su política internacional en Europa, particularmente con respecto a su único enemigo poderoso, Rusia. De ahí que se le presente la necesidad de subvencionar la economía inglesa para mantener tal objetivo. Y esa rehabilitación puede lograrse por dos caminos. El primero mediante una política de inoperancia, dejando que la obsecuencia de algunos países sudamericanos siga abasteciendo la economía inglesa por medio de convenios leoninos, del cual es un ejemplo acabado el Convenio Andes que suscribiera nuestro país y el convenio de carnes anglo-chileno. El otro camino sería la acordación del discutido empréstito norteamericano a Inglaterra. Los hechos hasta ahora nos hacen pensar en que la elección de E.E. U.U. se decidirá en favor de la primera conducta. No basta sino citar las discusiones habidas en el seno del Congreso de la Unión, las noticias de los organismos económicos estadounidenses en el sentido de que E.E. U.U. no comprará carne argentina —lo cual siembra desconcierto y temor entre nuestros ganaderos, haciendo que éstos quieran asegurarse su colocación en el mercado inglés— y, en fin, un motivo ya casi psicológico cual es la *tendencia natural* de servir a Inglaterra por razones sentimentales (de postguerra) y de obsecuencia, motivo no ignorado por los *yanquis*.

Frente a todo esto no hallamos sino un solo acomodo de la cosa económica-financiera. Exigir a los ingleses el pago de nuestras exportaciones en *dollars*, y convenir el compromiso



templanza

UN GOBIERNO

En el número anterior analizábamos la trayectoria económica del gobierno nacional. Hoy queremos caracterizar el camino de su política para lograr así el sentido exacto de los acontecimientos cuyo comentario ha ocupado la atención del público durante estos últimos meses. Pensamos que no es posible una cabal comprensión de lo que sucede hoy y puede acontecer mañana sin conocer la trayectoria de la Revolución del 4 de junio.

En vísperas del 4 de junio

En estos comentarios nos colocamos en una posición de sencilla y estricta objetividad. Y así no tenemos reparos en afirmar que el gobierno del Dr. Castillo fué relativamente un buen gobierno. Su política inteligente y firme de neutralidad ha de pasar a la historia como una de las ejecutorias más nobles de nuestras relaciones internacionales y que mayores posibilidades de expansión ha abierto a nuestra economía.

Sin embargo, bajo el punto de vista de la supervivencia en el poder, aquel gobierno incurrió en dos gravísimos yerros: el uno, de no atender como corresponde al justo bienestar de la clase trabajadora, y el otro, vinculado al primero, de propiciar una fórmula de sucesión presidencial que no garantizaba suficientemente los anhelos de justicia social y de recuperación

cual siembra desconcierto y temor entre nuestros ganaderos, haciendo que éstos quieran asegurarse su colocación en el mercado inglés— y, en fin, un motivo ya casi psicológico cual es la *tendencia natural* de servir a Inglaterra por razones sentimentales (de postguerra) y de obsecuencia, motivo no ignorado por los *yanquis*.

Frente a todo esto no hallamos sino un solo acomodo de la cosa económica-financiera. Exigir a los ingleses el pago de nuestras exportaciones en *dollars*, y convenir el compromiso ineludible de que Inglaterra no congele nuestro crédito formado por el producto de nuestras exportaciones declarando la inconvertibilidad de la libra, con lo cual nos será permitida la adquisición de productos en otros países retribuyendo su precio mediante giros sobre Londres. Con ello podrá el país obtener *dollars* que permitan amortizar la deuda con los E.E. U.U., lo que permitirá a su vez reanudar nuestro intercambio con aquél. Apurará además nuestra rehabilitación y reportará mayores ventajas a nuestra economía si el gobierno se decide a gestionar acuerdos parciales con otros países europeos y sudamericanos, desechando la política económica unilateralista con Gran Bretaña. Tal es el apremio objeto de nuestra admonición.

TOMÁS INFANTE.

a fortaleza



ha de pasar a la historia como una de las ejecutorias más nobles de nuestras relaciones internacionales y que mayores posibilidades de expansión ha abierto a nuestra economía.

Sin embargo, bajo el punto de vista de la supervivencia en el poder, aquel gobierno incurrió en dos gravísimos yerros: el uno, de no atender como corresponde al justo bienestar de la clase trabajadora, y el otro, vinculado al primero, de propiciar una fórmula de sucesión presidencial que no garantizaba suficientemente los anhelos de justicia social y de recuperación que el país ambicionaba.

La Revolución del 4 de junio

Estos dos yerros fueron hábilmente aprovechados por los hombres que promovieron el movimiento militar del 4 de junio. Ostentando un programa de justicia social y de soberanía, la Revolución supo captarse la voluntad de las masas populares, y en aquellas luchas incesantes entre camarillas militares y grupos políticos y económicos —movidos unos por presiones internacionales y otros por un justo sentido de soberanía— que se ofrecieron al espectáculo público en los años 43, 44 y 45, fué respaldada y sostenida hasta la victoria por la voluntad del pueblo anónimo que vió en ella la garantía de la independencia política y económica del país y sobre todo del bienestar económico y social de las clases asalariadas.

Y era indudable que del seno de aquella Revolución surgía, sin rival posible, el hombre que debía legalizarla. El entonces coronel Perón supo apoderarse de los resortes decisivos para la conquista real y legal del país: el ejército y la masa trabajadora. Este militar de prestigio entre sus camaradas descendió al llano de las luchas obreras, tomó contacto directo con dirigentes gremiales y, uno a uno, fué arrebatando los sindicatos de manos comunistas y socialistas. El Coronel Perón supo entrar aún sentimentalmente en el corazón del obrero y del campesino argentino. Y por esto aquellos días del 12 de octubre de 1945, en que políticos despistados, niñas y damas frivolonas se congregaban —junto con cabecillas comunistas— en cabildo abierto en la Plaza San Martín, fueron barridos por el incontenible fervor popular del 17 de octubre.

Las jornadas que rubricaron esta adhesión del pueblo al heredero de la Revolución no eran sino consecuencia obligada de esta última, fecha que había de rematar en el triunfal plebiscito del 24 de febrero de 1946.

El gobierno del General Perón

Cuando el 4 de junio de 1946 el General Perón asume su mandato, está en condiciones excepcionales para cumplir un grande y memorable gobierno. Llevado al poder en las más limpias de las elecciones y con un enorme caudal de votos ja-



QUE GOBIERNE

más alcanzado en el país, cuenta con el apoyo del pueblo y de las grandes instituciones del país: De la Iglesia que, además de prestarle el acatamiento que corresponde a toda autoridad constituída, aprecia en él a un jefe con sentido de la importancia de los valores espirituales en la educación del pueblo y en la vida de la nación; del Ejército, que le reconoce cualidades relevantes de valor y de técnica militar; de la industria y del comercio, que por encima de sus preferencias partidistas saben anteponer el interés y progreso de sus empresas; de los escritores, profesores y universitarios con sentido nacional —en oposición a los extranjerizantes— que aguardan de su gestión gubernativa una total renovación de la educación y de la cultura pública; de la masa de trabajadores y de empleados que ve en él al defensor insobornable de sus derechos. Y aún fuera del país, en medio de naciones que penosamente se recuperan de los desastres de la guerra, la figura del General Perón se levanta identificada con la grandeza singular de la Nación Argentina.

Súmese a todo esto la envidiable situación financiera y económica del país, que jamás alcanzó igual pujanza; añádase la casi inexistente oposición política organizada y la casi tota-

De su labor *educacional* no podemos formular un juicio más optimista. Ni en la educación primaria, ni en la secundaria y técnica y mucho menos en la universitaria se ha cumplido una labor digna de tenerse en cuenta. Cierto que la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas es un mérito que hay que reconocerle al gobierno. Pero poco o nada significa ella sola si no es impartida en un plan general de enseñanza verdaderamente formativo.

De modo particular, la Universidad Argentina nada ha ganado con la Revolución ni en su orientación fundamental ni en el plantel de sus profesores. Un problema tan urgente y decisivo como el de la promoción de nuevas generaciones argentinas educadas profundamente en nuestras tradiciones y con un alto nivel cultural que nos ponga en parangón con el de Europa, no ha sido contemplado. ¿Qué será mañana de nuestra patria, cuando entren en la vida pública jóvenes sin ninguna formación intelectual y moral y sin otro afán que el de enriquecerse y divertirse?

La obra *sindicalista* del General Perón merecería un estudio detenido. Porque visto así en conjunto, parecería que el problema obrero no hubiera sido agitado sino en busca de ventajas electorales inmediatas. No criticamos que éstas hayan sido buscadas. Criticamos que no se haya buscado otra cosa. A base de dádivas, de aumentos de sueldos y fundándolo todo en la fidelidad a un hombre, se han multiplicado los nuevos sindicatos. Falta de principios, una obra sindical de esta naturaleza, está a merced de la caducidad de los hombres; aún más, a merced de ventajas puramente materiales que quizás mañana no puedan acordarse o que sean con creces ofertadas o acordadas por empresarios de ideas siniestras.

Nuestros obreros no han escuchado el lenguaje que les enseñara su responsabilidad en la producción nacional; el alcance de la *justicia* en las relaciones de patronos y obreros; sus obligaciones para con la sociedad; la necesidad de fundar en la vida virtuosa y moral su dignidad de hombres y de obreros. Y si nada se les ha hablado, nada concreto tampoco se ha emprendido para la transformación de las conciencias proletarias envenenadas por la prédica marxista.

Si es un grave error monopolizar como se ha hecho la acción sindical, error más grave aún es promover sindicatos materialistas y electoralistas. Porque el espíritu de fuerza obrera, que tiene su sentido y razón de ser dentro de la producción, como factor que ha de conjugarse armónicamente con el patronal, desplazado de allí y llevado al plano político partidista, perturba al mismo tiempo la realidad económica y la política. Las huelgas de bancarios y de gráficos se prestan a reflexiones muy graves. Nadie puede anticipar lo que ha de acontecer mañana cuando se extienda el número de sindicatos resentidos en sus entrañas greminales.

No vamos a ser mezquinos con los innegables triunfos obtenidos por el gobierno en el plano *internacional*. El Dr. Arce

pública; de la masa de trabajadores y de empleados que ve en él al defensor insobornable de sus derechos. Y aún fuera del país, en medio de naciones que penosamente se recuperan de los desastres de la guerra, la figura del General Perón se levanta identificada con la grandeza singular de la Nación Argentina.

Súmese a todo esto la envidiable situación financiera y económica del país, que jamás alcanzó igual pujanza; añádase la casi inexistente oposición política organizada y la casi totalidad de los medios publicitarios y radiales con que contaba a su favor el gobierno del General Perón y dígase si algo más podía pedir gobierno alguno para realizar un memorable período presidencial.

Pero infortunadamente los desaciertos —y sumamente graves— comienzan el primer día de su gobierno. El más grave es el de elegir, salvo contadas excepciones, colaboradores ineptos y mediocres. ¿Quién, en efecto, fuere peronista o antiperonista, no se ha puesto a señalar la mediocridad de la mayoría de ministros? ¿Quién no ha escuchado decir: "Perón es bueno pero los que le rodean no sirven"? ¿Quién no se ha sentido con derecho a hacer mofa de sus parlamentarios?

Tan persistente es en el General Perón la elección de colaboradores mediocres que el público se siente inclinado a pensar que los elige así adrede, o para utilizarlos como sumisos servidores o para que su figura se destaque con mayor relieve sobre la medianía de los que le rodean.

Podría pensarse mas bien que el General Perón no se distingue por su acierto en el conocimiento de hombres; y que así como posee un don extraordinario para captar la mentalidad de sus interlocutores y hablarles el lenguaje apropiado, se engaña en cambio con respecto a la eficacia de los hombres. Podría también pensarse que el General Perón, dotado de una extraordinaria capacidad de trabajo y de condiciones no comunes para abarcar la complejidad de los problemas de gobierno, tiende con exceso a centralizar en sí la responsabilidad de los mismos y busca entonces colaboradores que sean dóciles ejecutores de sus concepciones. Esta última hipótesis ofrece la ventaja de que explicaría suficientemente la tendencia centralizadora de su labor.

Pero, cualquiera sea la hipótesis explicativa que se busque, el hecho es que, falto el General Perón de colaboradores que interpreten en la ejecución sus grandes planes, las realizaciones —salvo en la conquista del poder— han quedado muy por debajo de sus concepciones.

Desajuste gubernamental

En el número anterior nos hemos ocupado del programa *económico* del gobierno, señalando con toda objetividad sus deficiencias.

que tiene su sentido y razón de ser dentro de la producción, como factor que ha de conjugarse armónicamente con el patronal, desplazado de allí y llevado al plano político partidista, perturba al mismo tiempo la realidad económica y la política. Las huelgas de bancarios y de gráficos se prestan a reflexiones muy graves. Nadie puede anticipar lo que ha de acontecer mañana cuando se extienda el número de sindicatos resentidos en sus entrañas gremiales.

No vamos a ser mezquinos con los innegables triunfos obtenidos por el gobierno en el plano *internacional*. El Dr. Arce ha hecho cumplir a nuestro país un gran papel en la U. N. Con España hemos estrechado relaciones de gran significación internacional. La política de tercera posición ha sido conducida con sentido y habilidad.

Pero, a pesar de esto, nada se ha hecho para crear una política internacional sólida y duradera. Todo se ha reducido a gestos personales que, por mucho valor y significación que puedan envolver, quedan en lo espectacular si no están sostenidos por una labor silenciosa, concorde y permanente de embajadas y cancillerías. ¿Cómo se han provisto ciertas representaciones claves como las de Wáshington, Ciudad del Vaticano, Londres, Brasil, Chile? ¿Qué se ha hecho para salir de la improvisación y del empirismo con que se han movido nuestros representantes diplomáticos y consulares? ¿Qué se hace para



preparar los futuros representantes que *representen* de verdad y con dignidad a la Argentina?

Finalmente, ¿qué labor efectiva se ha cumplido para la vinculación hispanoamericana, de suerte que la hispanidad no sea un mero vocablo sino que se encarne en la gestación de un nuevo tipo humano capaz de gravitar en el mundo de mañana?

Recorriendo uno a uno los diversos sectores de la acción gubernamental, llegamos a la comprobación de que las realizaciones del General Perón no han estado a la altura de lo que de él se tenía derecho a esperar. Y esto ha traído un *desajuste casi crónico de la vida pública argentina.* Puede afirmarse hoy, a tres años de gobierno del General Perón, que en ningún momento y bajo ningún aspecto se ha tenido la sensación de seguridad, estabilidad y permanencia que debe inspirar un gobierno.

Declinación de prestigio

Este "desajuste" o "desazón" —que no ha llegado a cristalizar en descontento— ha obligado al General Perón, celoso del prestigio de su gobierno, a formular declaraciones u organizar actos y manifestaciones espectaculares, en las cuales, delante de la multitud de los "descamisados" ha tratado de simplificar el problema, presentándolo como una lucha a muerte entre el peronismo y la "oligarquía", o entre él y sus adversarios, caracterizados en tres grupos, a saber, el político, el económico y el ideológico.

Pero creemos que esta táctica contribuye a aumentar el "desajuste" y "desazón". Así sobre todo ha sucedido con el famoso *complot* y su correspondiente homenaje-desagravio. Porque el público no parece haber quedado convencido de la existencia o alcance del complot y ha recogido en cambio la impresión de que el gobierno provoca a veces *ciertos hechos* para producir determinados *efectos* y mantener de esta suerte determinado *estado de opinión.*

La campaña pro-reforma constitucional ha aumentado este "desasosiego". No dejaba de crear aprensiones el hecho de darle una carta en blanco al gobierno para una reforma constitucional cuya naturaleza se desconocía. Y el anteproyecto del partido peronista, que hizo suyo el gobierno nacional, no ha contribuído a dar satisfacción a los que siguen la política gubernamental. Porque si bien el público permanece *indiferente* ante la reforma de la Constitución y de cualquiera de sus artículos, no así grupos minoritarios reflexivos, que se han visto decepcionados por el anteproyecto.

Los acontecimientos más recientes, como la anormalidad económica que ha puesto de manifiesto la renuncia de Miranda y la persistente huelga de los gráficos, han aumentado la dosis de "desazón" y quizás no sea exagerado hablar ya de descontento que se percibe en todas las capas de la población y que se ha hecho más sensible después de los últimos discur-

UN POLITICO

El doctor Oliveira Salazar, en el primer acto de la campaña electoral para la proclamación del Mariscal Carmona a la Presidencia de la República, pronunció un notable discurso, lleno de sabiduría política, cuyos principios son indispensables para un gobierno que gobierne. *(N. de la D.).*

Nunca puse mis miras en clientelas políticas, ni procuré formar un partido que me apoyase y en pago de su apoyo me definiese la orientación y los límites de acción gubernamental. Nunca lisonjeé a los hombres ni a las masas, delante de quienes tantos se curvan en el mundo actual, en actitudes serviles que son una hipocresía o una abyección. Si les defiendo con tenacidad los intereses, si me ocupo de las reivindicaciones de los humildes, es por su propio mérito e imposición de mi conciencia de gobernante, no por uniones partidistas o compromisos electorales que me estorben. Soy por tanto, dentro de lo posible, un hombre libre.

Jamás empleé el insulto o la agresión, de forma que los hombres dignos se considerasen imposibilitados para colaborar. En el examen de los tristes períodos que nos antecedieron, me esforcé siempre en demostrar cuán poco valían las cualidades de los hombres contra la fuerza implacable de los yerros que se veían obligados a servir. Y no es culpa mía si, después de veinte años de una experiencia luminosa, ellos mismos continúan presentándose como enteramente responsables del descalabro anterior, en vista de que insisten en proclamar la bondad de los principios y su correcta aplicación a la nación portuguesa. Fui simplemente humano.

. . . .

La continuación lógica de los acontecimientos ha visto pasar esta autoridad de la Asamblea para los grupos parlamentarios, de éstos para los partidos, de los partidos para los respectivos comités, y de éstos para el electorado anónimo, en último recurso. La experiencia demuestra que de escalón en escalón el poder se degrada, se disuelve, y que el gobierno o no es posible, o no es eficaz. Cuando las dificultades se acumulan, crece el desorden y la carencia de la autoridad hace la vida social precaria y las propias libertades políticas se transmutan en licencia general, se elevan voces del país reclamando un *gobierno que gobierne*. Acostumbra a ser el fin de un proceso; pero me parece que por ahí se debía haber comenzado: un gobierno que gobierne.

. . . .

El Poder necesita sentirse limitado, actuar bajo limitacio-

ante la reforma de la Constitución y de cualquiera de sus artículos, no así grupos minoritarios reflexivos, que se han visto decepcionados por el anteproyecto.

Los acontecimientos más recientes, como la anormalidad económica que ha puesto de manifiesto la renuncia de Miranda y la persistente huelga de los gráficos, han aumentado la dosis de "desazón" y quizás no sea exagerado hablar ya de descontento que se percibe en todas las capas de la población y que se ha hecho más sensible después de los últimos discursos del General Perón.

Un gobierno que gobierne

Creemos que hay un error grave de apreciación en el General Perón. La alternativa no está —como él la formula— entre el General Perón y la oligarquía. La única alternativa real, está entre el General Perón que no se ha puesto a gobernar como corresponde y el General Perón que el país esperaba en el gobierno.

Porque en el país habrá paz —la relativa que se puede esperar en los tiempos turbios en que vive el mundo— cuando el gobierno gobierne y, en el caso presente, cuando el General Perón gobierne.

En primer término, que gobierne el General Perón y no otro. Porque él es presidente constitucional y el país no puede y no quiere volver a las andanzas e incertidumbres de los gobiernos revolucionarios; porque el General Perón cuenta todavía con la confianza que el pueblo le ha brindado; y, finalmente, porque el General Perón tiene condiciones para ser un gran gobernante.

Pero es urgente —y quizás todavía hay tiempo— que el General Perón gobierne. Que gobierne no quiere decir que hable de los problemas de gobierno, aunque hablare muy bien. Tampoco quiere decir que deba él hacerlo todo o estar en todo, o que deba arreglar los males todos del país. Mucho menos puede significar que para arreglarlo todo haya de monopolizar el comercio, la educación, la asistencia social, los sindicatos, la prensa, la radio y los partidos políticos. Tampoco quiere decir que eche mano de la fuerza y con ella haga entrar a todos en camino.

Aunque el gobierno exige viveza, fuerza, habilidad, elocuencia, el gobierno es primera y principalmente obra de inteligencia. Porque gobernar es poner orden en la complejidad de las realidades sociales para que haya estabilidad y paz y como precisamente, dada la complejidad de los problemas de un Estado moderno, no se puede poner este orden sin un equipo de colaboradores capaces y responsables, por allí ha de comenzar un gobierno que gobierne.

PRESENCIA.

desorden y la carencia de la autoridad hace la vida social precaria y las propias libertades políticas se transmutan en licencia general, se elevan voces del país reclamando un *gobierno que gobierne*. Acostumbra a ser el fin de un proceso; pero me parece que por ahí se debía haber comenzado: un gobierno que gobierne.

. . . .

El Poder necesita sentirse limitado, actuar bajo limitaciones; las internas que provienen de la propia conciencia de los gobernantes, de la existencia de las leyes y del regular funcionamiento de los otros órganos de la soberanía; las externas, que provienen del juicio público, de una opinión que sea esclarecida y desapasionada. La necesidad de este juicio presupone pues, la existencia de medios y libertad suficiente para exteriorizarse. Y lo mismo se dirá del contacto, de la comunicabilidad entre el poder y la nación. Simplemente creo que, si aquellos problemas se presentasen un día, a pesar de la imperfección que marca toda obra humana en tomar una solución satisfactoria, ésta no advendrá del simple reconocimiento de los derechos abstractos, sino que ha de encontrarse a través de la organización de las actividades nacionales, cuya representación venga a ser junto al Estado, y en el Estado, el espejo y la síntesis del sentir general de la nación.

. . . .

Hablando en una ciudad que por antonomasia se llama la *ciudad del trabajo*, podría extrañarse que no dijera una palabra referente a la actitud del régimen para con los trabajadores.

La más expresiva prueba de respeto que podíamos dar por la libertad y dignidad de los trabajadores, y del desvelo por sus intereses, nos pareció ser la de no considerarlos como una clase aparte en la sociedad portuguesa, ni intentar lanzar, con su apoyo, una política de masas para una acelerada satisfacción de reinvindicaciones sociales. La primera idea no cabía en la construcción que tiene como uno de sus lemas el trabajo como deber social; la segunda no se estimaba conforme ni a los orígenes del régimen ni al concepto que tenemos de la nación y de la política nacional. Siendo así, la masa trabajadora, o, más concretamente, el obrero, no constituye para nosotros ni individualmente, ni en conjunto, materia prima para la vida política. El no puede ni debe constituir un partido, porque no hay partidos, y porque entra, a través del régimen corporativo, en la formación del propio Estado. Pero esta situación arrastra consigo responsabilidades especiales y exige una preocupación constante por nuestra parte para esquivar las peligrosas solicitudes a las que está sujeto.

. . . .

SENSATO

De modo que el trabajador no tiene ante sí más que dos perspectivas, quiero decir dos caminos: comunismo o corporativismo; el primero con posición definida en cuanto a los medios de producción, ya ésta se verifique más conveniente, ya menos para la riqueza general y para los mismos trabajadores; el segundo, libre de escoger los procedimientos de mayor rendiminto colectivo y de mayor beneficio para la clase obrera. El primero obligado, por fuerza de la socialización, a dirigir rígidamente la vida y suprimir toda la libertad; el segundo asegurando, dentro del condicionalismo de la producción, los intereses materiales y morales del trabajo y respetando la libertad del hombre, del miembro de la familia, del trabajador, del ciudadano; el comunismo, creando la mira de los trabajadores de ser ellos el poder y el Estado; el corporativismo, dándoles la realidad de su coparticipación en el Estado y de su solidaridad con todos los demás portugueses en los intereses de la nación.

. . . .

Desde el primer momento que le fué posible, Portugal solicitó su admisión en las Naciones Unidas. Debía hacerlo, en obediencia a los principios constitucionales arriba aludidos y que además estuvieron siempre en el espíritu y en el procedimiento histórico de la nación portuguesa. Esto no representa en modo alguno, acto de fe en la consistencia de la Organización y en su eficiencia práctica, ni esperanzas de interés directo o indirecto en la admisión, y sí tan sólo el homenaje debido a un pensamiento generoso, aunque en el momento actual y en el estado de espíritu del mundo, vagamente ingenuo. Es la concordancia con el ideal de paz o de confraternización general de los pueblos, aunque se vea lejano e imposible de alcanzar. No hemos retirado la candidatura por dos motivos: primero, porque nuestros deberes subsisten, incluso aunque otros no cumplan los suyos; segundo, porque nos es muy agradable ver a Rusia violar la Carta, cada vez que se nos opone.

COSAS DE CAMPO

Llueve. Necesitábamos mucho esta lluvia. Desde la galería contemplamos el espectáculo; pero no como veraneantes. Gozamos porque sentimos que hace bien a la tierra. Con nosotros está el mayordomo, planeamos ya los trabajos de mañana. Llega mi hijo, de overall, —el aprendizaje no se hace de "jod-

¿Cree Ud., señora que llegados a estas alturas sería posible una recuperación en Francia? No sé, contesta, pero creo que sí. Recuerde la "Corporation Paysanne" del Marechal Petain. Habíamos sido derrotados. Teníamos al invasor en casa. Y en menos de cuatro años todo cambió. El pueblo retomaba interés por las cosas bien hechas. Es cierto que no se votaba, añade...

Buscamos las causas de nuestras comunes desgracias. No es fácil. Por fin mi huésped dice, y lo dice sin énfasis, tranquilamente, con la autoridad de quien ha pagado con lágrimas y con sangre: lo que pasó en Francia es culpa nuestra. ¿¿...?? Sí, porque la gente como nosotros, en vez de permanecer en sus fincas donde era alguien, y donde tenía influencia, fué a París a hacer vida fácil. Allí "fundieron" todo y terminaron casándose con judías, o viviendo de malas artes. Socialmente ya no son nada. Desertaron de sus puestos. En sus tierras eran "élite", tenían influencia, y la podían usar para el bien. *Al dejar de "servir", al fallar a sus deberes de estado, dejaron de ser clase dirigente, y otros tomaron el lugar.*

¿No podríamos hacer un pequeño "*mea culpa*" nosotros los estancieros? ¿cuántos hay que nada saben de sus estancias más allá de las planillas y de los balances? ¿cuántos hay que realicen la enorme responsabilidad social que tienen, y el enorme campo de acción que aún queda abierto? Comencemos por "servir", y luego tendremos derecho de protestar.

Los agricultores hacemos bien aquello que Dios nos manda: *Preparar alimento al mundo.* Pero no se nos pidan planes abstractos para enderezarlo o sanarlo. Algo sin embargo resulta claro de nuestro cotejo, y la conclusión nos impresiona. Es la coincidencia y la persistencia de la política adversa al campo: allí *donde había una "élite" se la destruye, y donde no la hay se entorpece su florecimiento.* Sea en Francia o en Argentina, sean gobiernos de izquierda o gobiernos conservadores, sean gobiernos débiles o gobiernos tercos (que no es lo mismo que gobiernos fuertes), sean países de importación agrícola o países de exportación agrícola, la tendencia a la proletarización del campo es una. Es demasiada coincidencia. *Esta política que no conoce fronteras, es llevada con tanta astucia que no puede no ser obra del diablo.*

Entre tanto se cerró la noche y sigue lloviendo despacito sobre los rastrojos disqueados. Dentro de tres días estarán verdes, llenos de vida...

PABLO HARY (h.)

COSAS DE CAMPO

Llueve. Necesitábamos mucho esta lluvia. Desde la galería contemplamos el espectáculo; pero no como veraneantes. Gozamos porque sentimos que hace bien a la tierra. Con nosotros está el mayordomo, planeamos ya los trabajos de mañana. Llega mi hijo, de overall, —el aprendizaje no se hace de "jodpuhrs"—, cubierto de polvo, contento y comentando el efecto de la lluvia sobre los rastrojos disqueados bajo su dirección. Valía la pena haber peleado con la tierra reseca. Dentro de tres días, estará todo brotado, verde, con vida...

Madame de L... —vieja familia francesa secularmente vinculada a la tierra— nos observa sin perder detalle. También goza del espectáculo. Las alegrías de los agricultores son universales. Comentamos las cosas del momento, las órdenes impartidas, los resultado que se esperan, las máquinas empleadas, etc. Luego generalizamos, cambiamos ideas sobre sistemas y cultivos, rotaciones, abonos y encalados, alfalfa, razas y producciones. Comparamos rendimientos. Consideramos aspectos de la mecanización. La señora está embaladísima con una monada de espigadora-trilladora de 6 pies. Es la última palabra. Andaría tan bien, allí en "La Bastide"...! ¡oh! frivolidad de las "parisiennes" y de las porteñas...

También hablamos de la parte negra del oficio: costos crecientes, carencia de mano de obra, impuestos, etc. Me sorprendió saber que el por ciento de los impuestos con relación al total de gastos es menor en Francia que aquí. Las noticias de los precios son malas: en dos meses los productos de la tierra bajaron catastróficamente y parece evidente que los gastos no disminuirán. En España el desmoronamiento fué hace un año. En Estados Unidos los precios agrícolas bajaron 16 % en pocos meses. ¿Qué nos espera? El Estado, que se quedó con la mejor parte de nuestra producción, para regularizar, se dijo, ¿restituirá algo de los cientos de millones que filtró? ¿Seguirá ocupándose maternalmente del trigo y del lino? Soy escéptico. Las alegrías de los agricultores son universales, dije, pero, por lo visto, sus preocupaciones también lo son.

Con todo, la lucha es más despareja en Francia que en estas pampas. No nos quejemos. Seguimos comparando. El desorden moral y espiritual llegó muy lejos. Allí todos los obreros rurales están afiliados a los sindicatos comunistas, mientras que aquí todavía cuesta hacerles odiar en serio al patrón. Fácilmente se restablecería la paz, comprometida sin necesidad.



que no puede no ser obra del diablo.

Entre tanto se cerró la noche y sigue lloviendo despacito sobre los rastrojos disqueados. Dentro de tres días estarán verdes, llenos de vida...

PABLO HARY (h.)

EL HOMBRE FOSIL

Con esta entrega, ponemos fin a este estudio del Hombre Fósil *en que dos profesores universitarios franceses analizan las aseveraciones evolucionistas del jesuita Teilhard de Chardin.*

El R. P. Teilhard relega a notas fuera de texto, en su estudio de *Psyché*, al Hombre de Pilt Down [8] y al Hombre de Swanscombe [9], y lo hace para adscribirlos, *contra toda verdad*, al pleistoceno medio.

Lo repetimos: el dato es inexacto.

"La edad del yacimiento —dice Boule— caracterizado por la estatigrafía, es atribuida al pleistoceno inferior. La paleontología permite admitir que se halla en un nivel pliocuaternario, y, finalmente, la arqueología, con los sílex tallados, en un nivel cheleano. Se está en presencia de un terreno muy antiguo del pleistoceno inferior".

Es bien curioso ver cómo todos los antropólogos evolucionistas se hallan embarazados por este H. Sapiens que aparece en el pleistoceno inferior, y es muy sabroso leer las explicaciones que dan de ello. No queremos privar a nuestros lectores de lo que dicen, sobre este tema, el R. P. Bergougnioux [10] y el R. P. Boné [11].

Resumiendo, después de haber juntado físicamente una mandíbula de chimpancé con el cráneo del Hombre de Pilt Down, se constata su aspecto inarmónico, mientras que, *bajo un determinado ángulo*, un buen fotógrafo le da aunque más no sea una apariencia humana, que sirve de base a la noción "de evolución diferencial" (un vocablo más que no explica nada). ¿No sería preferible que semejantes pamplinas no salieran jamás de los laboratorios de esos buenos Padres?

Agrupemos, ahora, las conclusiones que pueden ser deducidas de la lectura del estudio aparecido en Psyché:

El autor indica en el pleistoceno inferior: 1) El Sinantropos, al que llama Hombre de Pekin. El Pitecantropos, al que llama Hombre de Java.

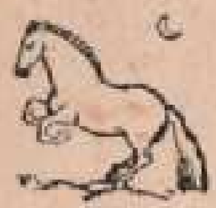
No distingue a hombres y simios coexistentes: Pithecanthropus sinensis; Pithecanthropus erectus; Hombre.

Atribuyendo, contra toda verosimilitud, los utensilios y el fuego al pitecantropos, imagina en un fósil de simio el psiquismo de un humano, y crea así un ser compuesto al que denomina Hominiano: Hombre de Pekin. Hombre de Java.

2) Cita la mandíbula de Mauer y la atribuye a un ser que, gratuitamente, imagina muy simiesco.

3) *Omite completamente 6 civilizaciones* conocidas por sus utensilios, y de las que se han hallado 5 esqueletos, *todos de Sapiens* y auténticamente ubicados cronológicamente en el pleistoceno inferior: Pilt Down, Swanscombe, Lloyd, La Denise, Fontechevade.

Los fósiles de Pilt Down y de Swanscombe, mencionados fuera de texto, son atribuidos al pleistoceno medio, ¡en una fecha posterior de 300.000 años a la de su verdadera aparición!

4) Señala al arte como la principal manifestación del psiquismo humano. Ahora bien: la existencia de hogares rituales y de sepulturas, lo cual hace ver un sentimiento religioso, sobrepasa en alcance a la aparición del arte.

5) Postula el poligenismo para la rama marginal, señalada en la página 16.

6) Su conclusión asocia el dogma materialista de la evolución con la tesis nietzscheana sobre la super-humanidad y la fe romántica en el progreso, porque no ve más que una marcha progresiva continua a partir de *sus* homínianos del pleistoceno inferior hasta el Hombre moderno, no percibiendo las consecuencias de la caída original, que, sin embargo, están inscritas en la materia, en el mundo viviente y en el Hombre, con caracteres imborrables... No se le hace nada aparente que la historia de la humanidad es la historia de su realzamiento, de los esfuerzos que realiza por salir del abismo de miseria donde le ha tendido su caída: miseria material que se esfuerza por vencer mejorando sus condiciones de vida; miseria fisiológica contra la cual la higiene, la medicina, la cirujía y la química luchan constantemente; miseria intelectual que se borra lentamente al paso y en la medida que disminuye su ignorancia y vuelve a ocupar su papel como señor del mundo; miseria moral contra la que combate la gracia en cada uno de nosotros y que sólo alivió la venida de Cristo.

En suma, no es posible dejar de sentirse impresionado por tales olvidos. Si no se tratara del R. P. Teilhard de Chardin, no sería posible dejar de pensar en una falta de prolijidad científica; pero el carácter de elevada moralidad que señala a un religioso, como él, no permite mantener una acusación semejante.

Quizás se podría hallar la explicación de esos hechos haciendo notar que el R. P. Teilhard de Chardin es un *creyente*, dotado de una fe poderosa, que le hace atribuir a lo que él *cree* ser la verdad en el dominio científico, la misma convicción, podríamos decir que la misma pasión, que emplea en defender los dogmas religiosos que han decidido su vocación.

Ahora bien: en ciencia, *creer* ¡es *no saber*! [12].

Como el R. P. Teilhard no es un dubitante, la duda científica no le atormenta, y no la tiene entre sus precauciones.

Es un afirmante, un creyente convencido, al que conviene el ministerio del abogado, labor en la que se demuestra temible y de grandísimo valor; pero, en la búsqueda científica no está permitido ser abogado defensor sino tratándose de teorías *demostradas*, y *demostradas por hechos incontestables*, tales que su evidencia pueda ser observada y fiscalizada por cualquiera. Por el contrario: cuando se trata de proposiciones científicas que se discuten, la actitud del sabio debe ser la propia de un juez de instrucción.

¿Qué hace este último?

Establece el elenco de los asuntos puestos en causa para instruirlos de una manera escrupulosa; nada debe ignorar de los métodos policíacos y científicos que estén a su alcance, y debe hacerlos actuar.

Cuando ha concluido sus encuestas y llenado un expediente de autos, debe ponerlo a la disposición total del tribunal, del procurador, y de los abogados de las partes.

Si un juez de instrucción olvidara en autos esclarecimientos importantes, se exigiría un suplemento de encuesta e investigación, antes de que se formara el tribunal.

bres caminaban doblados y en cuatro patas, y sólo a costa de grandes esfuerzos lograron cambiar ese modo de marchar". Mientras que hoy en día, desde Toulouse, el R. P. Bergougnioux lanza su libro *"Les Premiers Hommes"* —Los Primeros Hombres— donde proclama la descendencia animal del cuerpo del Hombre.

Y a pesar de ello, Vialleton, no le desagrade al Padre Teilhard de Chardin, ha refutado de una manera tan completa la teoría de la descendencia, que ésta no se volverá a levantar [13].

Y el Profesor Lemoine, *de acuerdo* —hemos oído el eco— *con las cumbres científicas que le rodean*, ha podido escribir en las conclusiones del tomo V de la Encyclopédie Française: "La Evolución es el dogma de la anti-iglesia, como nosotros lo demostraremos, con sostén de pruebas, en nuestra historia del transformismo".

Y añade: "Pero que ellos mantienen para el pueblo". Esto es confesar el empleo hipócrita de opio adulterado.

La honradez científica del Director del Museum, sintiendo náuseas, se ha liberado. ¿Cómo se comportan los evolucionistas católicos?

En cuanto a nosotros, creacionistas, con métodos científicamente probados, con una documentación jamás satisfecha, con un trabajo incansable, con una probidad a toda prueba, dirigidos y sostenidos por un maestro dotado de genio y de fe, nosotros volvemos a pedir al texto bíblico de la Creación y de la Caída la luz sobre nuestros orígenes, pues parece que nuestro tiempo no comprende ya el sentido del relato revelado [14] y camina en medio de la noche:

"Tal como un ciego errante
"Que lleva una inútil llama".

O. Fribault y Dr. A. Dubois.

Estudio tomado de la Revista "La Pensée Catholique", Nº 7, año 1948, páginas 92 a 102. Traducción de Carlos Juan de la Vega.

---

[8] Mencionemos (*Psyché*, pág. 17) al Hombre de Pilt Down, hallado, según el R. P. Teilhard, en el año 1912, en antiguos sedimentos de Pilt Down, cerca de Brighton (Sud de Inglaterra). "En cuanto se puede determinar su forma (los fragmentos no se juntan), el cráneo es alto y no arqueado en sección transversal; por otra parte, la mandíbula se parece extraordinariamente a la de un chimpancé. Si las dos series de osamentas pertenecen al mismo individuo, será preciso decir que nos hallamos en presencia de un notable tipo de prehominiano. Desgraciadamente, la mayor parte de los antropólogos (incapaces de explicar la presencia de un chimpancé en la Inglaterra pleistocena) consideran que la asociación del cráneo y de la mandíbula es anatómicamente imposible. En nuestro cuadro de distribución, fig. 12, hemos ubicado *al azar* el eoantropos, basándonos en los caracteres del cráneo, en la raíz del grupo H. Sapiens, presumiéndose que su edad es del pleistoceno medio".

[9] *Psyché*, pág. 26: "Emparentado, quizás, con el hombre de Steinheim, está el Hombre de Swanscombe (solamente parte occipital del cráneo), hallado en el año 1935 en el nivel acheuleano, en los yacimientos de la Tamise inferior (Inglaterra). Podría ser que el Hombre de Swanscombe también él estuviera emparentado con el Eoantropos".

[10] Según el R. P. Bergougnioux: *"Les Premiers Hommes"*, pág. 140:

"Cuando se mira (la mandíbula) perpendicularmente a su gran anchura, se tiene la impresión de que la sinfisis mandibular no tiene nada de humana... Boule la compara a la de un chimpancé, Friedriches a la de un orangután. No hay lugar para un mentón, la silueta es pitecoidea.

"Si, por el contrario, como lo hace Weinert, se ajusta la mandíbula al cráneo, y si se toma una fotografía en posición normal, se constata que el aspecto humanoide reaparece cuando se ha reconstituido el mentón que parece haber sido normal. Hay ahí una noción de *evolución differencial* que es preciso introducir en el estudio de la paleontología humana bajo

trucción.

¿Qué hace este último?

Establece el elenco de los asuntos puestos en causa para instruirlos de una manera escrupulosa; nada debe ignorar de los métodos policíacos y científicos que estén a su alcance, y debe hacerlos actuar.

Cuando ha concluído sus encuestas y llenado un expediente de autos, debe ponerlo a la disposición total del tribunal, del procurador, y de los abogados de las partes.

Si un juez de instrucción olvidara en autos esclarecimientos importantes, se exigiría un suplemento de encuesta e investigación, antes de que se formara el tribunal.

Pero, si finalmente el juez de instrucción omitiera constataciones importantes, si disimulara piezas de convicción o no las comunicara a los interesados sino parcialmente, incurriría en una gran responsabilidad. Además, correría el riesgo de pasar del banco de los acusadores al de los acusados, y de ser tratado como malhechor. Pues habría engañado al tribunal, al procurador, a los abogados, a los jurados, a la sociedad, y habría falseado la Justicia.

Guardando todas las proporciones debidas, ¿no sucede lo mismo con el hombre científico? Ante todo, le es preciso distinguir bien lo que es del dominio de la hipótesis y lo que está demostrado por los hechos; jamás ha de confundir una hipótesis con un hecho demostrado, puesto que la primera siempre ha de estar sometida a investigaciones, a búsquedas, antes de ser aceptada como verdad adquirida.

El escrúpulo y la prudencia son las virtudes del sabio: en sus conclusiones se cuida muy bien de no superar jamás las consecuencias de los hechos, lo cual lo llevaría fuera del dominio científico. No retrocede ante los métodos de investigación más audaces para alcanzar la verdad, sino que se preocupa por señalar su alcance y hacer conocer su valor.

Debe dudar de todo, de sí mismo, de su personal, de sus instrumentos, de sus métodos; debe verificar ininterrumpidamente, debe fiscalizar sus experimentaciones repitiéndolas tantas veces cuantas sea conveniente antes de adquirir certeza en los resultados; y sólo a ese precio estará al abrigo de su imaginación y de posibles causas inducentes a error. ¡Que jamás olvide su debilidad! *Errare humanum est* —el errar es humano—, escribía recientemente el R. P. Cordovani en el diario "L'Osservatore Romano" (15 de marzo de 1948).

En cuanto a lo que es el terreno del pre-historiador, su responsabilidad se halla aún más gravada por el hecho de que su documentación es difícilmente accesible, hasta imposible de reunir por iniciativas particulares. Se encuentra diseminada por toda la tierra; solamente los sabios que ejercitan funciones oficiales gozan de fácil acceso a los sitios donde están los yacimientos. Encargados de prestar testimonio, de ser testigos, si dejan que ideas preconcebidas falseen su juicio, inducen, arrastran al error a aquéllos que los consultan.

Así, la escuela del R. P. Teilhard arrastra a un gran número de redactores de artículos para Revistas, a buscar una nueva explicación de la verdad del relato bíblico.

Hé ahí hasta dónde conducen los olvidos de los evolucionistas católicos y su método científico; he ahí por que nos parece necesario señalarlos, aún cuando ello nos llegue a costar menosprecio y reprobación: no podemos aceptar y callarnos.

Ocupación ingrata, pues por lo menos es extraño constatar que son eminentes profesores laicos los que con más vigor estigmatizan "la Ilusión Transformista" acogida en la enseñanza católica...

¿Papeles invertidos? No es sorprendente que, a algunos siglos de alejamiento, en la misma Toulouse, Vanini haya sido entregado al fuego de un tribunal eclesiástico por haber hecho decir a Julio César, en uno de sus diálogos con Alejandro: "Los ateos nos gritan que los primeros hom-

de la Tamise inferior (Inglaterra). Podría ser que el Hombre de Swanscombe también él estuviera emparentado con el Eoantropos".

[10] Según el R. P. Bergounioux: "*Les Premiers Hommes*", pág. 140:

"Cuando se mira (la mandíbula) perpendicularmente a su gran anchura, se tiene la impresión de que la sínfisis mandibular no tiene nada de humana... Boule la compara a la de un chimpancé, Friedriches a la de un orangután. No hay lugar para un mentón, la silueta es pitecoidal.

"Si, por el contrario, como lo hace Weinert, se ajusta la mandíbula al cráneo, y si se toma una fotografía en posición normal, se constata que el aspecto humanoide reaparece cuando se ha reconstituído el mentón que parece haber sido normal. Hay ahí una noción de *evolución diferencial* que es preciso introducir en el estudio de la paleontología humana bajo pena de ver continuarse querellas estériles. Fué preciso esperar a Weinert para sacar a luz que el Eoantropos es un Hombre, por el hecho de su cráneo perfectamente desarrollado, importando poco que su maxila aún estuviera frustrada y se hallara próxima a la de un antropomorfo".

[11] Según el R. P. Boné: *Homme, Genese et Cheminement* (R. N. T., Louvain, 1948, pág. 14): "Ante todo, desembaracémonos del Hombre de Pilt Down. Estaba permitido considerar al hombre de Pilt Down como un ser descarriado, tanto que era el único de su tipo; desde el hallazgo de Swanscombe no es posible tratar tan caballerescamente a esos antiquísimos homínidas".

(Para él, el Hombre de Down es cheleano, recordémoslo, y de los hombres más antiguos que conocemos en Europa).

"Algunos y entre ellos el gran antropólogo francés Montandon, estiman que se tienen prehumanos en la descendencia directa del hombre. Si así fuera, se asistiría, incluso antes de la expansión del Primigenius, a la eclosión de las razas actuales. Para otros, el Protosapiens de Inglaterra no habría tenido descendencia; constituiría *un cul de sac* (sin salida) uno de esos innumerables esfuerzos de la naturaleza en búsqueda del tipo humano (!!). Quizás algún día algún nuevo y sensacional hallazgo permitirá resolver el enigma; por el momento, el problema queda abierto".

[12] Aquí, *ciencia* y *fe* se oponen, no en razón de su objeto material, sino en razón de su objeto formal. El objeto formal de la fe es la autoridad del testimonio; el de la ciencia es la constatación material del hecho. Evidencia extrínseca en el primer caso; evidencia intrínseca en el segundo.

[13] Cf. *Vita e Pensiero*, el artículo citado al comienzo de este estudio, del R. P. Gemelli.

[14] Si el *género literario* de los primeros relatos del Génesis no puede ser clasificado bajo ninguna de las etiquetas clásicas, lo que recordaba recientemente el R. P. Vosté en una respuesta a S. E. el Cardenal Suhard (A. A. S., 28 de enero de 1948), no convendría excluirlos de todo género histórico, pues "*relatan* —continúa diciendo el R. P. Secretario de la Comisión Bíblica—, en un lenguaje simple y figurado, adaptado a las inteligencias de una humanidad menos desarrollada, las *verdades fundamentales presupuestas a la economía de la salvación*, al mismo tiempo que la *descripción popular de los orígenes de la humanidad y del pueblo elegido*". ¿Será necesario creer que las enseñanzas brindadas por esos relatos, tengan necesidad, a fin de ser correctamente deducidas de la forma literaria en que se encarnan, de las exigencias impuestas por la *hipótesis* evolucionista?

